

IAN
KERSHAW



EL MITO DE
HITLER

IMAGEN Y REALIDAD EN EL TERCER REICH

CRÍTICA

IAN KERSHAW

EL MITO DE HITLER

Imagen y realidad en el Tercer Reich

Traducción castellana de
Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición en castellano: Paidós, 2003
Primera edición en Crítica: septiembre de 2012
Primera edición en esta nueva presentación: junio de 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich*

The first edition, was originally published in English in 1987. This translation is published by arrangement with Oxford University Press.

© Ian Kershaw, 1987

© de la traducción, Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, 2003

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-126-7
Depósito legal: B. 12018 - 2019
2019. Impreso y encuadernado en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice de contenidos

Prefacio a la nueva edición	11
Introducción	15

PRIMERA PARTE

La creación del mito de Hitler, 1920-1940

1. El <i>führer</i> de la Alemania venidera: la imagen de Hitler en la época de Weimar	29
2. El «símbolo de la nación»: el perfil propagandístico de Hitler, 1933-1936	73
3. El <i>führer</i> sin tacha: Hitler y los «pequeños hitleres»	117
3.1. El <i>führer</i> restaura el orden: «la noche de los cuchillos largos», 30 de junio de 1934	118
3.2. Los «pequeños hitleres»: la imagen de los jefes locales del partido	132
4. El <i>führer</i> contra los radicales: la imagen de Hitler y la «lucha contra la Iglesia»	145
5. Hitler como hombre de Estado: equilibrios entre la guerra y la paz	165
5.1. El «triunfo sin derramamiento de sangre»	169
5.2. La tensión	179
5.3. La guerra	187

SEGUNDA PARTE

La quiebra del mito de Hitler, 1940-1945

6. El triunfo de la «guerra relámpago»: la cima de la popularidad, 1940-1941	201
7. La guerra se complica: el mito de Hitler comienza a desmoronarse	223
8. Derrota y desastre: el mito de Hitler se derrumba	261

TERCERA PARTE

El mito de Hitler y la senda del genocidio

9. La imagen popular de Hitler y la «cuestión judía»	295
Conclusión	325
Lista de abreviaturas. Glosario de voces y nombres alemanes utilizados en el texto y las notas	345
Fuentes de archivos y periódicos consultados	349
Bibliografía	351
Índice analítico y de nombres	363

1

El *führer* de la Alemania venidera: la imagen de Hitler en la época de Weimar

Creemos que el Destino le ha elegido para señalar el camino al pueblo alemán. Por consiguiente, le saludamos con devoción y reverencia, y no podemos desear sino que nos sea permitido conservarle hasta que su tarea haya sido completada.

GOEBBELS, 1929

El liderazgo «heroico» era un elemento significativo en las ideas de la derecha nacionalista y *völkisch* mucho antes del espectacular ascenso de Hitler al primer plano. Dicho liderazgo puede considerarse con justificación como «una de las ideas centrales del movimiento antidemocrático en la República de Weimar» y «uno de sus indispensables artículos de fe».¹ Incluso después de que Hitler hubiese pasado a estar momentáneamente en el candelero durante el fallido golpe de Estado de 1923, aún habría de pasar un tiempo considerable antes de que los escritores y los políticos *völkisch* que propagaban la «idea del *führer*» llegasen a asociar con naturalidad sus expectativas con el dirigente del NSDAP. Por consiguiente, la idea y la imagen de un «*führer* de los alemanes» ya habían recibido forma mucho antes de que pudiesen adaptarse a Hitler, y durante años existieron en estrecha relación con el crecimiento del nazismo sin que resultase obvio, para quienes protagonizaban la necesidad de un liderazgo «heroico», que el propio Hitler era el conductor que habían estado esperando.

1. K. Sontheimer, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik*, 4ª edición, Munich, 1962, pág. 268.

Desde luego, la disposición a cifrar toda esperanza en el «liderazgo», en la autoridad de un «hombre fuerte», no era en sí misma peculiar de Alemania. La promoción por parte de las élites amenazadas, y su aceptación por parte de las masas ansiosas, de un fuerte liderazgo autoritario, con frecuencia personalizado en una figura «carismática», ha sido (y sigue siendo) experimentada por muchas sociedades en las que un sistema pluralista débil se ve incapaz de resolver profundas fisuras políticas e ideológicas y es percibido por la población como una administración en crisis terminal. Dada la intensidad de las crisis de los sistemas parlamentarios en numerosos estados europeos del período de entreguerras, y en un clima en el que la Gran Guerra aún seguía proyectando su larga sombra, surgieron en toda Europa cultos al liderazgo de carácter populista y militarista como parte de los movimientos contrarrevolucionarios fascistas y parafascistas, siendo el más destacado, por supuesto, aparte del de Alemania, el del «culto al Duce» de la Italia fascista.² Pese a que el surgimiento de un culto al liderazgo en Alemania puede enmarcarse claramente en esta perspectiva paneuropea, sus rasgos característicos y su forma de articulación han de ubicarse en ciertos elementos de la cultura política específicamente alemana que son muy anteriores a Hitler.

Las raíces de las ideas sobre un liderazgo «heroico» en Alemania se hunden profundamente en el siglo XIX y alcanzan las nociones políticas y las visiones míticas del liderazgo germánico que se asocian con la corriente romántico-conservadora del primer pensamiento *völkisch* nacionalista. En estos círculos, la victoria, el valor y el heroísmo eran ingredientes de un creciente «culto a la nación», y en ellos los festivales sagrados de fuego y luz, acompañados de una mezcla de paganismo germánico y de simbolismo y ritual místico cristiano, conmemoraban, desde principios del siglo XIX en adelante, la derrota «alemana» de Napoleón en la «batalla de los pueblos» de 1813 en Leipzig y el «renacimiento», la fuerza, la vitalidad y la esperanza que brotaba de la unidad nacional. Por supuesto, ese simbolismo germánico «heroico» y místico no era en modo alguno la corriente dominante en el nacionalismo alemán, ya fuese antes

2. Véase la valoración comparativa que hace Rudolf Vierhaus, «Faschistisches Führertum», *Historische Zeitschrift*, clxxxvii, 1964, págs. 614-639; y en concreto sobre el «culto al Duce», véase P. Melograni, «The Cult of the Duce in Mussolini's Italy», *Journal of Contemporary History*, xi, 1976, págs. 221-237, y J. Petersen, «Mussolini. Wirklichkeit und Mythos eines Diktators», en K. H. Bohrer (comp.), *Mythos und Moderne*, Frankfurt del Main, 1983, págs. 242-260.

o después de la unificación. Sin embargo, después de 1871, la preocupación del nuevo Estado alemán por lograr la «nacionalización de las masas» mantuvo con vida y difundió ese simbolismo.³ Una destacada manifestación de este proceso fue la erección, a finales del siglo XIX, de gigantescos monumentos nacionales —de unas dimensiones y un carácter que no se encuentran, por ejemplo, en la cultura política británica de la época—: graníticas glorificaciones de héroes míticos, grandes victorias y triunfos nacionales. El militarismo, el heroísmo y la unidad nacional, revestidos de simbolismo religioso, también constituyeron las piedras angulares del recientemente instituido Día de la Fiesta Nacional en el que se celebraba la victoria obtenida sobre los franceses en 1870 en la batalla de Sedán.

La imagen que se proyectaba del káiser —de nuevo muy distinta de las descripciones contemporáneas de la monarquía inglesa— también acaparaba esa mezcla de pujanza militar, unidad nacional, logros heroicos y simbolismo pseudorreligioso. Uno de los mejores ejemplos fue el colosal monumento, erigido en 1897 y financiado en su mayor parte por las asociaciones de veteranos de guerra, del káiser Guillermo I a caballo y en uniforme militar sobre el Kyffhäuser de Turingia, uno de los más «sagrados» montes de Alemania, donde, según la leyenda, Federico Barbarroja dormiría en tanto no renaciese el Reich medieval.⁴ Eclipsado por Bismarck, el gobierno de Guillermo I estaba fuertemente despersonalizado e institucionalizado. La presencia de un nuevo káiser, joven, ambicioso, autocrático y con tendencia a la demagogia, unida a la salida de Bismarck de la escena, transformó la imagen del káiser en un culto plenamente desarrollado y personalizado en los Hohenzollern.⁵ Según una

3. Para lo que sigue, véase sobre todo G. L. Mosse, *The Nationalization of the Masses*, Nueva York, 1975, capítulos 1-4; y también T. Nipperdey, «Nationalidee und Nationaldenkmal in Deutschland im 19. Jahrhundert», *Historische Zeitschrift*, ccvii, 1968; L. Kettner, «Der Mythos vom Reich», en Bohrer, *Mythos und Moderne*, págs. 261-289; y K. Vöndung, *Magie und Manipulation*, Göttingen, 1971, capítulo 1.

4. Véase Mosse, págs. 62-63 y Pl. 9.

5. Para la cambiante imagen del káiser, véase E. Fehrenbach, *Wandlungen des deutschen Kaisergedankens 1871-1918*, Munich-Viena, 1969, y también «Images of Kaiserdom: German attitudes to Kaiser Wilhelm II», en J. C. G. Röhl y N. Sombart (comps.), *Kaiser Wilhelm II. New Interpretations*, Cambridge, 1982, págs. 269-285. Sobre la extensión del culto al imperio y a la monarquía, véase también W. K. Blessing, «The Cult of Monarchy, Political Loyalty, and the Workers' Movement in Imperial Germany», *Journal of Contemporary History*, xiii, 1978, págs. 357-375.

destacada figura política de la época, Guillermo II combinaba en su persona «las dos imágenes del estadista gobernante y del heroico káiser durmiente». Por su parte, un señalado teólogo evangélico afirmaba que «en el corazón de todo alemán se encuentra viva también una clara imagen del káiser que es expresión y producto de toda nuestra historia».⁶

La rápida decepción de las exageradas esperanzas y expectativas puestas en el nuevo káiser por la derecha alemana promovieron, sin embargo, por reacción, un culto a la personalidad de estatura heroica centrado en la elevación nostálgica y en la veneración del depuesto «Canciller de Hierro». Durante todo el Reich se produjeron peregrinaciones al domicilio de Bismarck en Friedrichsruh. Se convirtió en «un mito en vida, en el prototipo político de lo que más tarde habría de llamarse “oposición nacional”, una oposición que, a diferencia de la del *Reichsfeinde*, se tomaba muy a pecho los intereses del país y estaba dirigida por un gran hombre. Antisemitas, nacionalistas y pangermanistas que soñaban con un gran imperio germánico se arrimaron a este árbol de buen cobijo».⁷ Una notable manifestación en piedra del culto a Bismarck fue la construcción entre 1900 y 1910 de unas quinientas «torres Bismarck» diseminadas por Alemania y de un estilo fiel al de la tumba del rey godo Teodorico en Rávena, con el fin de honrar la memoria del artífice de la unidad alemana.⁸

El creciente descontento de la derecha populista con Guillermo II promovió la idea de un «káiser del pueblo» que, siendo encarnación de la fuerza y la vitalidad, habría de aplastar a los enemigos internos de Alemania y que, a expensas de los «pueblos inferiores», sería capaz de proporcionar a la nueva nación la grandeza que merecía, obteniendo un imperio para «un pueblo que carece de espacio vital».⁹ La imagen heroica de un futuro «káiser del pueblo» alemán fue descrita en su forma extrema por Heinrich Class, jefe de la Liga pangermánica, en su chovinista polémica *Wenn ich der Kaiser wär* (traducida al inglés como *If I were the Kaiser* —Si yo fuera el káiser—), que publicó con un pseudónimo en 1912 y que tuvo cinco ediciones en el plazo de dos años:

6. Citado en Fehrenbach, «Images», pág. 276.

7. G. Mann, *The History of Germany since 1789*, Harmondsworth, 1974, págs. 413-414.

8. Mosse, págs. 36-37.

9. Véase Fehrenbach, *Wandel*, sobre todo las págs. 158-183.

Aún hoy en día sigue viva en nuestras mejores gentes la necesidad de seguir a un líder fuerte y capaz. Todos cuantos no han sido seducidos por los preceptos de la democracia antipatriótica suspiran por él, no porque sientan una inclinación servil o sufran de debilidad de carácter, sino porque saben que la grandeza sólo puede alcanzarse mediante la concentración de las energías individuales, lo que a su vez sólo puede lograrse por medio de la subordinación a un líder. Sería una gran fortuna para nuestro pueblo que este dirigente pudiese surgir en el portador de la corona.¹⁰

En la época en que escribía Class, las ideas que él representaba —incluyendo como uno de sus componentes importantes las imágenes del liderazgo «heroico» surgidas en las corrientes ideológicas de la cultura política alemana que he descrito brevemente aquí— habían ganado mucho terreno, sobre todo, aunque en modo alguno únicamente, entre la clase media protestante y los intelectuales. Los ideales romántico-nacionalistas del liderazgo también estaban encontrando eco en sectores significativos del movimiento juvenil burgués.¹¹ El creciente atractivo que presentaban, ya antes de la Primera Guerra Mundial, las nociones del liderazgo «heroico» en los círculos de la derecha alemana —y existieron paralelismos, aunque de intensidad algo menor, en la Italia prefascista, paralelismos que contribuyeron a preparar el terreno para la posterior aparición del culto al Duce—¹² vino en gran medida configurado por el progresivo abismo abierto entre la percibida necesidad de integración y unidad nacional y la manifiesta falta de integración que prevalecía en la

10. D. Fryman (= H. Class), *Wenn ich der Kaiser wär*, 5ª edición, Leipzig, 1914, pág. 227.

11. Un vocabulario «germánico», incorporado más tarde al utilizado por la derecha *völkisch* y el nazismo, vocabulario que incluía términos como *Führer*, *Gau* y *Heil-Gruss*, junto con ritos de fuego y otras formas de culto neopagano adoptadas por los nazis, prevalecía ya en el movimiento juvenil en torno al cambio de siglo. Véase Vondung, págs. 16-17. A pesar de esto, sería, desde luego, una simplificación excesiva considerar que los grupos juveniles anteriores a la guerra eran precursores directos de las Juventudes Hitlerianas. Sobre esto, véase el estudio de la literatura sobre el particular realizado por P. D. Stachura, «German Youth, the Youth Movement, and National Socialism in the Weimar Republic», en P. D. Stachura (comp.), *The Nazi Machtergreifung*, Londres, 1983, págs. 68-84, así como su *The German Youth Movement 1900-1945. An Interpretative and Documentary History*, Londres, 1981.

12. Véanse los comentarios de J. Petersen en *Der italienische Faschismus. Probleme und Forschungstendenzen. Kolloquien des Instituts für Zeitgeschichte*, Munich, 1983, págs. 34 y sigs., y M. Knox, «Conquest, Foreign and Domestic, in Fascist Italy and Nazi Germany», *Journal of Modern History*, lvi, 1984, págs. 26 y sigs.

realidad.¹³ Este abismo se veía a su vez realizado y acentuado por la acción de tres factores interrelacionados: la desorganización social y política que acompañaba a la transición prácticamente simultánea a la condición de Estado-nación, al gobierno constitucional (aunque de carácter fuertemente autoritario) y a la sociedad industrial;¹⁴ la profunda fragmentación del sistema político (fragmentación que reflejaba la existencia de fundamentales divisiones sociales);¹⁵ y, de no menor importancia, la difusión de una ideología chovinista e imperialista que clamaba por un justo «sitio al sol» para Alemania, una nación que se suponía que no disponía de él.¹⁶ Las condiciones básicas de la creciente receptividad hacia las ideas del liderazgo «heroico» y hacia el incremento de las exageradas expectativas puestas en el advenimiento de un dirigente radicaban sobre todo en la mezcla de, por un lado, unas agresivas y expansionistas esperanzas centradas en una grandiosa *Weltpolitik*, con, por otro, una aguda percepción de las debilidades y peligros del partido burgués y de la política de intereses en un momento en que Alemania se encontraba ante el progresivo desafío al orden político y social que dimanaba de las fuerzas democráticas del socialismo. Podría especularse diciendo que cuanto más profundas e internas sean las divisiones de una sociedad, y cuanto mayor sea el abismo que separa las elevadas expectativas puestas en un gobierno de un rendimiento real tan decepcionante que socava la legitimidad del sistema político, tanto mayor será la posibilidad potencial de que difundan las nociones del liderazgo carismático o «heroico», ya que éstas parecerían ofrecer una fundamental ruptura con el pasado y un nuevo y grandioso futuro.

Desde luego, este punto estaba lejos de alcanzarse en Alemania en 1914, momento en el que el estallido de la guerra en medio de la euforia nacional parecía vencer las tensiones y divisiones internas y ofrecer la

13. Para la relación entre el crecimiento del fascismo y la falta de una integración pluralista de la nación en Italia y Alemania (durante el período de posguerra), véase el estimulante ensayo de W. S. Allen, «The Appeal of Fascism and the Problem of National Disintegration», en H. A. Turner (comp.), *Reappraisals of Fascism*, Nueva York, 1975, págs. 44-68.

14. Véanse las observaciones de W. Schieder, en *Totalitarismus und Faschismus. Kolloquien des Instituts für Zeitgeschichte*, Munich, 1980, pág. 47.

15. Véase Lepsius, págs. 61 y sigs.

16. Sobre esta cuestión, véase G. Eley, *Reshaping the German Right*, New Haven/Londres, 1980, sobre todo el capítulo 5; R. Chickering, *We Men Who Feel Most German*, Londres, 1984, en especial el capítulo 4; y, desde una perspectiva marxista-leninista, J. Petzold, *Die Demagogie des Hitlerfaschismus*, Berlín Este, 1982, sobre todo las págs. 32 y sigs.

promesa y la grandeza de unos horizontes nuevos. Sin embargo, la guerra sólo sirvió, de hecho —como es bien sabido—, para acentuar las divisiones hasta hacerlas alcanzar el punto de ruptura revolucionaria en 1918. En los círculos *völkisch* nacionalistas y en los rabiosamente expansionistas, cuyo tamaño habría de crecer con rapidez antes de que acabase la guerra, como mostraría la creación del enorme Vaterlandspartei en 1917, la idealización de la «experiencia de las trincheras» (reflejada en la literatura bélica nacionalista posterior a 1918), del «verdadero liderazgo» y de la lealtad y la camaradería militares intensificó, radicalizó y remodeló en parte los preexistentes ideales del liderazgo «heroico». Para quienes siguieron luchando después de 1918 en los Freikorps, la lealtad personal a los heroicos líderes militares que daban nombre a las brigadas quedó vinculada a la política contrarrevolucionaria práctica.¹⁷ Y las organizaciones de veteranos, entre las que destacaba la gigantesca Stahlhelm, siguieron propagando esos sentimientos durante la época de Weimar.¹⁸ De hecho, el trauma que recibió en 1918 la derecha —el desplome militar, la caída de la monarquía y el viejo orden, y la llegada al poder de los odiados socialdemócratas, a los que antes habían difamado llamándoles «enemigos del Reich»— transformó las anteriormente más latentes que activas nociones de un autoritario liderazgo «heroico» en una vasta fuerza contrarrevolucionaria, si acaso un tanto vaga y dividida al principio, que planteaba una visión alternativa a la del sistema de partidos políticos de Weimar.

En el amplio espectro de fuerzas políticas y psicológicas que contribuyeron a configurar la idea del liderazgo «heroico», la de matiz pseudorreligioso merece algún comentario. Derivada en parte de la tradicional aceptación de la autoridad, y en parte también de la secularización de la creencia cristiana en la salvación —sobre todo entre los protestantes alemanes, cuyo apego a la Iglesia estaba disminuyendo, pero que se avenían tradicionalmente a aceptar la autoridad, en particular la del Estado—, la idea del liderazgo que estaba siendo difundida por la derecha *völkisch* nacionalista planteaba una especie de secularización de la fe en la salvación. Y en el seno de la propia Iglesia protestante, en la que ya em-

17. Véase R. G. L. Waite, *Vanguard of Nazism. The Free Corps Movement in Postwar Germany 1918-1923*, Cambridge, Massachusetts, 1952.

18. Véase A. Klotzbücher, *Der politische Weg des Stahlhelm, Bund der Frontsoldaten, in der Weimarer Republik*, Erlangen, 1965, págs. 122-127.

pezaba a producirse la hendidura de unas divisiones teológicas que equivalían a una «crisis de fe», comenzó a desarrollarse una corriente en cuyo seno las ideas políticas *völkisch* se mezclaban en irreverente amalgama con el evangelismo cristiano.¹⁹ Entre los protestantes corrientes, la propagación de estos sentimientos contribuyó aún más a preparar el terreno para la receptividad a la noción de «salvación política» que podía ofrecer un «auténtico» dirigente nacional, una salvación que podría traer consigo la renovación cristiana. A medida que examinemos el desarrollo del culto a Hitler, tanto antes como después de 1933, encontraremos el aspecto marcadamente religioso de la noción del liderazgo «heroico» en un cierto número de ocasiones.

Las expectativas de liderazgo en las filas *völkisch* nacionalistas durante la época de Weimar rompieron con las tradiciones de la relación entre el monarca y sus súbditos, sustituyéndolas por unas nociones en parte neofeudales, pero en parte también pseudodemocráticas, de la relación entre el dirigente y sus «seguidores», nociones en las que el dirigente representaba de forma autoritaria la voluntad del pueblo sin hallarse por encima y fuera de él al modo de un monarca o un dictador.²⁰ Ahora se consideraba que el liderazgo ideal era el de un hombre del pueblo cuyas cualidades encarnasen la lucha, el conflicto y los valores de las trincheras. Duro, despiadado, resuelto, inflexible y radical, destruiría la vieja sociedad dominada por los privilegios y las clases y traería un nuevo comienzo, uniendo al pueblo en una «comunidad nacional» étnicamente pura y socialmente armónica. Era una visión completamente opuesta a la imagen de la «democracia sin líder»²¹ de Weimar y su divisorio sistema gestionado por «políticos» despreciables que no eran sino funcionarios de partido.

La extremada fragmentación de la política de Weimar y las profundas divisiones políticas e ideológicas que negaban toda esperanza de unidad o de integración en el seno del «sistema» de Weimar no sólo mantuvie-

19. Véase J. Conway, *The Nazi Persecution of the Churches, 1933-1945*, Londres, 1968, págs. 9-12. El trabajo de R. P. Erickson, *Theologians under Hitler*, New Haven/Londres, 1985, presenta un estimulante análisis del trasfondo intelectual que incitó a tres destacados teólogos protestantes a dar la bienvenida al nazismo.

20. Para el «nuevo elitismo», véase W. Struve, *Elites against Democracy. Leadership Ideals in Bourgeois Political Thought in Germany, 1890-1933*, Princeton, 1973, sobre todo las págs. 11 y sigs.

21. Véase Sontheimer, págs. 268-270; Horn, págs. 25-28; y Vierhaus, págs. 616 y sigs.

ron vivas estas visiones de la derecha nacionalista y *völkisch*, sino que contribuyeron al creciente atractivo de las mordaces críticas que circulaban, en los medios conservadores, sobre «la obvia falta de líderes que imprime a nuestra época, tan afectada por la pobreza de las ideas, el sello de una permanente crisis espiritual y política».²² El «liderazgo», se proclamaba, no puede hallarse en los «sistemas» constitucionales, sino que emana, como destino, de la esencia íntima de un pueblo. Tal como afirmaba un texto de carácter bastante místico: «El líder no puede hacerse y tampoco puede, en este sentido, elegirse. El líder se hace a sí mismo por el hecho de comprender la historia de su pueblo».²³ La salvación sólo podía tener lugar por medio de un líder, elegido y bendito por la «Providencia», un líder que sacaría a Alemania de su aprieto y restauraría su grandeza. «En nuestra miseria», decía un escritor de la fase posrevolucionaria, «anhelamos un Líder. Él nos mostrará el camino y las acciones que podrían devolver la honra a nuestro pueblo (*wieder ehrlich*)».²⁴ En tanto que encarnación de las necesidades y anhelos del pueblo, el líder sería el «portador de un divino poder de destino y de gracia»,²⁵ el «órgano ejecutivo de un poder que le trasciende».²⁶ En marcado contraste con los descoloridos y miserables compromisarios políticos de Weimar, el futuro líder sería una figura de sobresaliente habilidad y fuerza política, decidido e intrépido en sus resoluciones, un hombre a quien sus «seguidores» podrían mirar con admiración y devoción. Un texto del año 1920 especifica unas características del «líder» que unos quince años más tarde constituían importantes atributos de la imagen de Hitler:

El Líder no se somete a las masas, sino que actúa de acuerdo con su misión. No adula a las masas. Duro, sincero e implacable, toma el mando tanto en los buenos días como en los malos. El Líder es radical. Vive por completo lo que hace, y hace por entero lo que ha de hacer. El Líder es responsable; es decir, él cumple la voluntad de Dios, voluntad que él mismo encarna. Dios nos proporciona líderes y nos ayuda a ser auténticos seguidores.²⁷

22. Citado en Sontheimer, pág. 270.

23. Citado en *ibid.*, pág. 273.

24. Citado en *ibid.*, pág. 272.

25. Citado en *ibid.*, pág. 272.

26. Citado en *ibid.*, pág. 275.

27. Citado en *ibid.*, pág. 272. Vierhaus, *op. cit.*, pág. 630, destaca el nuevo estilo de liderazgo, que encarnaba ideales que se hallaban diametralmente opuestos a los de la política liberal burguesa, y que en «tiempos normales» podrían haber sido más objeto de desprecio que de admiración.